



Olga de León y Carlos Alejandro

Diálogo entre el joven y el adulto

El teatro iba a ser derruido. Tantas aplausos y vítores había guardado entre sus paredes, que aun a 18 años de la hecatombe, algunos despistados transeúntes que por accidente pasaban cerca del lugar, creían escuchar el eco de aquellos gloriosos días en los que más de una diva o laureado actor fueron ovacionados.

Ahora, solo lo habitaban de cuando en cuando, alguna alma desamparada o algún ser que había extraviado no la razón sino el rumbo, o había perdido el trabajo.

Por esos días, solía contarse que lo habitaba un joven que hablaba con su conciencia, otros decían que era un adulto abandonado de su familia, o que él era quien los había abandonado. La verdad nadie más que el personaje y el narrador la saben. Pero porque me ha parecido interesante para la reflexión del ser y el quehacer del hombre, es que aquí ofrezco, la versión más fiel a sus autores.

El hombre despertó por la madrugada, se levantó entre el ruido de cuervos y una lluvia de hojas marchitas; a pocos metros, notó una figura. Era él mismo, de joven, un ser envuelto en niebla que llorando, sin rabia, pero con profunda tristeza, le dijo:

- Ya ibas encaminado, ¿por qué me dejaste? Te esforzabas estudiando y tu pensamiento y emociones guardaban por aquella época un anhelo en la mente y el corazón: querías ser científico. Te desvelabas durante las noches escribiendo ecuaciones en la vieja puerta de madera de mis padres, sí esa, la que por años no tiraron, ¿la recuerdas?, la que empleabas como pizarrón recargada sobre la pared y algunas cajas que también estaban en el cuarto de atrás, el de la lavandería abierta y con vista al patio. Generabas tus propias ideas, no grandes ideas, pero eran tuyas. Querías salvar a tu país de su pobreza, resolver sus problemas más apremiantes, meterlo en una senda de crecimiento, descubrir las razones del subdesarrollo, del atraso; por qué no, algún día ganar el Premio Nobel. ¿Demasiada vanidad? No sé, pero tenías sueños.

El hombre se sentó de nueva cuenta en su cama y haciendo a un lado las sábanas, tomó un paquete de la pequeña mesa junto a la cabecera, luego, contestó:

- Las cosas no deben hacerse esperando algo a cambio, — respondió mientras encendía un cigarro, sin mucha preocupación ni prisa. - La gente que busca grandeza no se encuentra a sí misma; antes bien, puede extraviarse.

- Pero llegó el día en que dejaste la niñez, y dejaste de pensar que las cosas se hacen esperando una recompensa. Hay que actuar, dijiste. Sin embargo, había un camino, una ruta que no se veía desde afuera porque es interna, personal: el destino se sigue porque nace y se fragua desde adentro, sólo así se tiene el valor de elegir una fortuna o ninguna. ¿Crees que te esforzaste y sacrificaste tu juventud?, nada te costó, sólo procedías por inercia, porque te gustaba lo que hacías, la alegría que te revestía a diario por esos años, fue tu recompensa.

- Yo quería ser un académico y un día me mataste, pateaste mis libros, dejaste de interesarte en la ciencia, y te dijiste —“esto no es lo que quiero”; -¿por qué?, ¿qué descubriste para cambiarme así la vida?

-Para qué más: para que disfrutaras de la vida, por la belleza en su simplicidad. Sólo cuando estuviste solo emprendiste tu búsqueda, y pobre de ti si no la hubieras encontrado. Nadie olvido decirlo, tampoco lo hicieron: nada se te advirtió; pero ahora veo que esa exploración, la tuya, no era para todos, sólo para ti que estabas listo para llorar diariamente, para arrepentirte y hacer algo con ello, dispuesto incluso a dejar de vivir, si acaso, apenas a sobrevivir.

De un instante a otro, el cielo cambió el negro entre grisáceo y verduzco de su lienzo, por el rojo granate más oscuro de la noche. Fue entonces que el joven, con insistencia volvió a irrumpir en el diálogo y dijo:

- Pero tú no querías eso, no estabas dispuesto a pagar el precio por sacrificarme. Cuando llegó el momento de detenerte, no lo hiciste, y te equivocaste. ¿A dónde querías llegar si ya no había nada que encendiera tu corazón diariamente?, excepto esa ceguera tuya de negar la vida que llev-

miden sus fuerzas, cuando realmente son el sino y las circunstancias, incluso la contingencia más insignificante que se guarda de las miradas certeras o se esconde en algún recoveco de la memoria o cualquier arroyo del cerebro, los que marcan el rumbo esperado o radicalmente distinto a nuestras expectativas de vida.

- Nada pudo ser distinto a como ha sido, siendo tú mismo el artífice y el juguete en manos del destino, al mismo tiempo. “Por algo pasan las cosas”.

- ¡Qué es eso!, un cliché, ¿cierto?... No me gustan los clichés.

- A mi tampoco, porque la mayoría de las veces huelen a rancio y el resto son una lata, calan, porque son certeros. Piensa en este por un instante y olvídalo, que no sea una sogá para tu cuello ni una piedra en el camino, solo es lo que es: un cliché; y a veces sirve.

- ¿En dónde estás?

La sombra se desvaneció.

El joven había permanecido callado, cavilando más él que el adulto en las palabras de la sombra. -Se ha ido, - volvió a intervenir el joven.

- ¿Eres tú de nuevo?, -sí.

- Créeme, empiezo a sentirte dentro, no fuera, te saco de mi mente, porque necesito aclarar algunos puntos fundamentales para ti y para mí en tu presente y mi pasado. A dónde me fui, qué hice tanto tiempo alejado de ti, como si fuésemos dos seres distintos.

- Lo somos. ¿Aún no te das cuenta? Fuimos dos siempre, las dos partes de un todo: el ser. Ese inconforme que siempre se está reconstruyendo y que a veces se tiene que destruir para reconstruirse, pero nunca dejamos de ser dos, o tres, según avancemos en el tiempo y en el espacio, y según el destino que, estando fuera o casi fuera

de nuestro total control, junto con la vida misma no como sombra sino como presencia soberana, va cincelandó sobre nuestra piel el mapa de un sino que no conocemos del todo mientras seguimos aquí, viviendo o sobreviviendo.

- Yo no quiero sobrevivir, quiero vivir y vivir con conciencia del destino, pero también en control de mis anhelos y realizaciones aún pendientes por resolver.

- Las resolverás, ten paciencia y sigue con tesón la traza de tu propia vida.

- ¡Mmmh!, esto huele a sombra y a cliché, dijo el joven.

- ¿Madre, eres tú?, -o acaso, ¡Abuela!, ¿Padre?; porqué sonries...

- Porque tus emociones ciegan tu razón, igual hicieron conmigo en esta juventud que dejaste de lado. Nadie más nos acompaña, somos solo tú en un presente que se redefine y construye y yo en tu romántico pasado.

Desaparecen dos de los personajes: el joven, y la sombra recién vuelta al escenario. Nadie más está ni en las butacas, ni tras bambalinas.

La cama sigue con las sábanas a un lado y una estela de humo envuelve al único personaje en el escenario, imperceptible, sin embargo, a los ojos demasiado materialmente humanos.



Francisco de Quevedo, escritor español

Francisco Gómez de Quevedo y Santibáñez Villegas nació en Madrid en septiembre 25 de 1580.

Sus padres fueron Pedro Gómez de Quevedo quien trabajó como secretario de la princesa María (hija de Carlos V); y María de Santibáñez quien fue dama de la reina.

Siendo él muy joven, en 1586 murió su padre y su madre entonces comenzó al servicio de la Infanta Isabel Clara Eugenia.

Siendo ya licenciado en Artes se dispuso a estudiar Teología en Alcalá, pero se trasladó a Valladolid y ahí continuó dichos estudios.

Fue ahí, en el ambiente de palacio, donde empieza a darse a conocer como poeta y en un libro de Pedro Espinosa llamado “Flores de poetas ilustres” publicado en 1605 aparecen ya 18 composiciones suyas.

Después, su obra literaria se conocería por ser incisivamente satírica, ridiculizando a personajes públicos y algunas veces a sus enemigos personales, lo que más tarde le valdría muchos de sus problemas.

En 1607 comienza un período de gran actividad literaria al escribir “El alguacil endemoniado”, en 1608 “El sueño del infierno” y en 1612 “El mundo por dentro”.

Debido al contenido de su obra, debía buscar autorización para publicarla, para lo cual le exigían múltiples requisitos.

Fue en 1620 que se publica la primera obra escrita y autorizada por él mismo: “Epítome a la historia de la vida ejemplar y gloriosa muerte del bienaventurado F. Thomas de Villanueva”.

Después de tantas amonestaciones por sus publicaciones, el 7 de diciembre de 1639 fue detenido y encerrado en el convento de San Marcos, en León donde estuvo preso hasta junio de 1643 sin que se hubiese abierto proceso ni tomado declaración alguna según dice en la “Vida de San Pablo”, que escribió durante su encarcelamiento.

Quebrantada su salud por las duras penalidades que sufrió en prisión, pasa algún tiempo a Madrid y luego se traslada a Villanueva. Fue en ese lugar en donde murió el 8 de septiembre de 1645.

ad pødem
literae

“Nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida y de costumbres”,

Quevedo.

letras de
buen humor

“Bien acierta quien sospecha que siempre yerra”,

Voltaire

En interiores...

Estigmas urbanos

M. Linares

Viento en Montevideo
Guillermo Fadanelli

La Voz del Papa
P. José Martínez Colín